



CAPITULO XVII

Desaparición

Sólo faltaban dos días para terminar el plazo en que el señor Dórrit debía emprender su viaje de regreso á Italia. Este caballero se disponía á vestirse, para sufrir una nueva inspección del mayordomo del señor Merdle, cuando llegó de pronto un camarero portador de una tarjeta de visita, en la cual se leía el siguiente nombre:

«La señora Finching.»

El criado esperaba órdenes en actitud respetuosa.

—Oiga usted, mozo—dijo el anciano,—¿me explicará usted por qué me trae esta tarjeta tan ridícula? Jamás he oído el nombre de «Finching»: ¿qué me viene usted á contar de ese Finching?

El camarero retrocedió ante la mirada severa del señor Dórrit, murmurando:

—Señor, es una dama.

—Pues sepa usted que no conozco á ninguna de este nombre; no conozco Finching de ningún sexo, y, por lo tanto, llévase usted la tarjeta.

—Dispense usted, caballero, pero esa señora ha dicho que ya sabía que su nombre no era conocido de usted, por lo cual me ha encargado añadir que había tenido el honor de conocer en otro tiempo á la señorita Dórrit... á la señorita Amy Dórrit.

El anciano frunció el ceño, contestando después de una pausa:

—Diga á esa señora Finching (y recalco en este nombre plebeyo con cierto desdén,) que puede subir.

El señor Dórrit había reflexionado que si no permitía subir á la dama, ésta podría dejar algún mensaje inoportuno, ó hacer alguna alusión poco agradable á la posición social que en otro tiempo ocupaba. Un momento después presentóse la señora Finching precedida del camarero.

—No tengo el gusto—dijo el señor Dórrit, que estaba de pie con la tarjeta en la mano,—de conocer á usted de nombre, ni tampoco personalmente... A ver, ¡una silla para esta señora, camarero!

El servidor obedeció al punto, retirándose después de puntillas, mientras que Flora se levantaba el velo con cierta agitación juvenil. En el mismo instante se esparció por el cuarto una extraña combinación de perfumes, como si hubieran echado equivocadamente rom en un frasco de agua de lavanda, ó vice-versa.

—Debo pedir á usted un millón de perdones, señor Dórrit—dijo Flora,—por haberle causado molestia... ya sé que es una inconveniencia por mi parte presentarme sola...; pero he pensado que tal vez fuera mejor, aunque podía hacerme acompañar de la tía Finching, que en su calidad de mujer enérgica y notable, sin duda habría producido sensación en una persona tan versada en el conocimiento del mundo como usted debe estarlo después de tantas vicisitudes. Yo recuerdo que mi difunto decía con frecuencia que más había aprendido en un año, cuando viajaba de dependiente de comercio, que no en todo el tiempo que estuvo en la casa-pensión de Blackheath; y más también que durante los seis años que pasó en un instituto dirigido por un bachiller de Oxford... Y á propó-

sito de bachiller, ¿por qué serán los célibes mejores maestros que los casados? Es cosa que no he comprendido nunca... ¡pero ruego á usted me dispense, pues no se trata de esto!

El señor Dórrit, mudo de estupor, parecía la estatua del silencio.

—Debo confesar—prosiguió Flora,—que no pretendo conocer á usted; pero sí conocía á la querida niña... que atendido el cambio de circunstancias, dispense usted esta alusión si le parece indiscreta... pues Dios sabe que dos chelines y medio por día era bien poca cosa para una trabajadora tan hábil... y además en esto no hay nada degradante...

—Señora—interrumpió el anciano, respirando con fuerza, mientras que la viuda tomaba aliento,—señora—repitió, sonrojándose un poco,—si debo comprender que hace usted alusión... á los antecedentes de... ¡hem!... una de mis hijas, refiriéndose al pago de un jornal, me apresuraré á contestarle que este hecho... ¡hem!... suponiendo que lo sea... no ha llegado jamás á mi conocimiento. Yo no lo hubiera... ¡hem!... tolerado nunca. ¡Ah! ¡jamás, jamás!

—No es necesario que insista usted—repuso Flora,—y por nada en el mundo le hubiera hablado sobre el particular si no hubiese creído que esto me serviría de carta de recomendación... pero en cuanto á ser un hecho lo que digo, no abrigue usted la menor duda; el vestido que llevo encima es una prueba de ello, y á la verdad que me sienta divinamente, aunque no se puede negar que estaría mejor en un talle más esbelto; ya no sé á qué santo encomendarme para tener la cintura más delgada... Dispense usted, caballero, porque siempre me desvíó del objeto de mi visita.

El señor Dórrit retrocedió hasta su silla como petrificado, y sentóse sin decir palabra, mientras que Flora le dirigía una benévola mirada.

—La pobre niña—continuó la viuda,—salió de casa muy pálida la mañana en que Arturo... (loca costumbre de mis jóvenes años; mejor sería decir Clennam, sobre todo al hablar con una persona de alto rango,) le comunicó la feliz noticia, por encargo de una persona llamada Pancks... esto es lo que me ha inducido á venir.

Al oír pronunciar aquellos dos nombres, el señor Dórrit frunció el ceño, abrió extraordinariamente los ojos, acercóse á los labios sus dedos vacilantes, como tenía costumbre de hacer en otro tiempo, y contestó:

—Tenga usted la bondad, señora, de manifestar lo que desea de mí.

—Señor Dórrit—contestó Flora,—es usted muy amable, cosa que me parece muy natural, pues aunque más rígido, su semejanza con la señorita Dórrit me llama la atención. No he consultado á nadie para hacer esta visita, y mucho menos á Arturo... dispense usted, quiero decir Doyce y Clennam... porque si pudiera sacar de apuro á un amigo con quien me unía en otro tiempo una cadena dorada, esto me complacería más que el rescate de un Rey...

—Señora—interrumpió de nuevo el anciano, sin fijarse en la charla de Flora,—¿querrá usted decirme lo que desea?

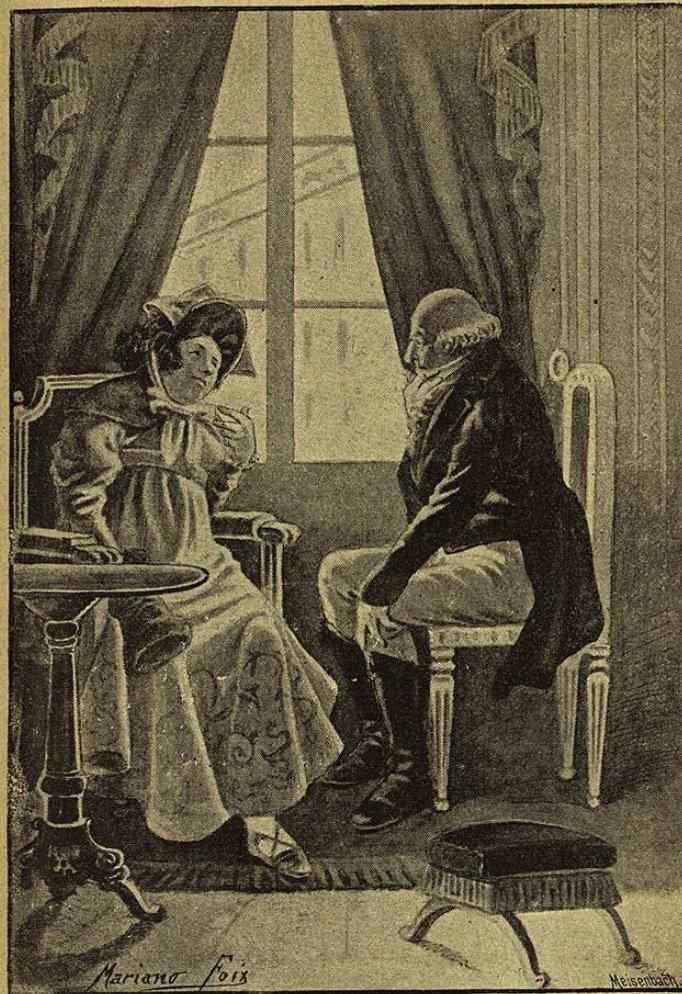
—No es probable que usted lo sepa, pero es posible, y por eso, apenas he leído en los diarios que había usted vuelto de Italia y que no tardaría en marcharse otra vez, he resuelto venir aquí, pues quizás le encuentre ó haya oído hablar de él... lo cual sería un alivio y un consuelo para todo el mundo.

—Permítame usted preguntarle, señora—replicó el anciano, cuyas ideas comenzaban á embrollarse con tan infatigable charla,—«de quién» habla usted en este momento.

—Del extranjero llegado últimamente de Italia y que desapareció en la Cité, según habrá leído usted en los diarios.. El señor Pancks nos da unas noticias estupendas, diciendo cosas atroces de ese pobre extranjero... ya comprenderá usted la inquietud y la indignación de Clennam... quiero decir Doyce y Clennam.

Felizmente para el señor Dórrit, pues de otro modo no hubiera llegado á entenderse nunca, no había oído una palabra ni leído una sola línea sobre el hecho en cuestión, ignorancia que indujo á la señora Finching á sacar de su bolsillo un anuncio en que se decía que un extranjero llamado Blandois, llegado últimamente de Venecia, había desaparecido de pronto en tal noche y tal parte de la Cité; que se sabía que había entrado á cierta hora en una casa, cuyos inquilinos aseguraban que salió á la media noche menos algunos minutos; pero que no se le había vuelto á ver después y se ignoraba su paradero. El señor Dórrit leyó atentamente estos detalles, así como las señas del extranjero que tan misteriosamente había desaparecido.

—¡Blandois, en Venecia!—exclamó el señor Dórrit, fijándose de nuevo en las señas.—Yo conozco á este caballero; fué recibido en mi casa, y es amigo íntimo de un caballero de buena familia, aunque algo apurado, á quien yo he protegido.



—Tenga usted la bondad, señora...

—Entonces—repuso Flora,—le suplicaré con más insistencia, que cuando vuelva á Italia tenga la bondad de buscar á ese extranjero por todos los caminos, pidiendo informes en las fondas, posadas, viñedos, volcanes y otros sitios, porque preciso es que se halle en alguna parte...

—¿Podré saber, señora—preguntó el señor Dórrit, leyendo de nuevo el anuncio,—qué es eso de Clennam y Compañía, en cuya casa parece que se ha visto el señor Blandois? ¿Se trata de un individuo con quien yo tuve en otro tiempo... ¡hem!... relaciones pasajeras, y de quien acaba de hablar, si no me engaño?

—No, señor—contestó Flora,—se trata de otra persona, de una paralítica que sólo se puede mover en un sillón de ruedas... la más lúgubre mujer que conozco, aunque sea su madre...

—¡Cómo! Clennam y Compañía es... ¡hem!... ¡una madre! —exclamó el señor Dórrit.

—Y también hay un viejecillo raquítrico—contestó Flora, sin hacer alto en la pregunta.

El señor Dórrit parecía ya á punto de perder la cabeza al oír tan extraños detalles; pero felizmente para él, Flora manifestó intención de terminar su visita, diciéndole:

—No quiero molestar á usted un momento más; si quiere usted prometerme, á fe de caballero, que buscará al señor Blandois por el camino de Italia ó en este país mismo, y en todos los rincones, y que cuando le haya encontrado le obligaré á venir aquí á disculparse con todo el mundo, le quedaré infinitamente agradecida.

El señor Dórrit contestó, ya recobrado de su sorpresa, que consideraría como un deber practicar la pesquisa, y Flora, muy satisfecha del éxito de su entrevista, levantóse para despedirse.

—Doy á usted un millón de gracias—dijo,—y le dejo mi tarjeta con las señas, por si acaso hubiese de comunicarme alguna noticia. No le rogaré á usted que dé mis más afectuosas expresiones á la querida niña, porque tal vez no fueran bien acogidas... y por otra parte, desde la metamorfosis no se la puede tratar tampoco con la misma franqueza, ni debo permitirle semejante familiaridad.

Cuando el señor Dórrit, después de conducir á su visitante hasta la puerta, hubo logrado coordinar sus ideas, reconoció que la entrevista había despertado en él recuerdos que creía ya borrados, y que no podían armonizarse de ningún modo

con la invitación del señor Merdle. En su consecuencia, escribió dos líneas al banquero, excusándose de ir á comer á su casa y ordenó que le sirvieran en su habitación. Otro motivo tenía para obrar así: había resuelto salir de Londres en el término de cuarenta y ocho horas, y tenía los minutos contados para no faltar á ninguna de las invitaciones aceptadas, prescindiendo de que se creía en la obligación de informarse sobre el asunto de Blandois para poner en conocimiento de Enrique Gowan el resultado de sus investigaciones. El señor Dórrit se propuso, con este fin, aprovechar el momento que le quedase libre para visitar la casa de Clennam y C.^a, indicada en el anuncio, á fin de hacer por sí mismo algunas preguntas.

Después de comer tan sencillamente como lo permitía la cocina del hotel, y cuando hubo dormitado un poco junto á la chimenea, para reponerse de la visita de la señora Finching, el señor Dórrit marchó en un cabriolé de alquiler. El grave reloj de San Pablo daba las nueve cuando pasó por el tenebroso arco de Temple-Bar, en aquella época menos deteriorado que hoy.

Desde que el señor Dórrit recorriera por primera vez las calles que entonces atravesaba, habían transcurrido muchos años, y tal vez por esto le pareció, no sin razón, que aquel barrio tenía un aspecto misterioso y lúgubre. Su impresión fué más profunda cuando el cochero, después de preguntar varias veces el camino que debía seguir, se detuvo delante de una casa, diciendo que aquella debía ser la que se buscaba. El señor Dórrit vaciló un instante, con la mano en la portezuela, casi atemorizado al observar el lúgubre aspecto de la casa de la señora Clennam.

A decir verdad, el antiguo caserón no había parecido nunca tan sombrío; á cada lado de la puerta cochera veíase el anuncio que el señor Dórrit había leído ya; y era evidente que la policía ejercía allí una vigilancia especial, pues mientras el anciano vacilaba, un hombre avanzó hacia él desde el otro lado de la calle; en tanto que un segundo individuo, oculto hasta entonces en la sombra, pasó por delante del señor Dórrit, alejándose después un poco en sentido contrario para reunirse con su compañero á cierta distancia.

Como allí no había más que una casa, no era fácil equivocarse, y en su consecuencia el señor Dórrit franqueó la escalerilla y llamó á la puerta. El aldabón produjo un eco lúgubre, como si la casa hubiera estado deshabitada; pero casi en

el mismo instante apareció una luz y oyóse rumor de pasos en el vestíbulo; luego resonó el crujido de una cadena, y una anciana, con la cabeza oculta en su delantal, entreabrió la puerta.

—¿Quién va?—preguntó.

—El señor Dórrit, muy asombrado ante aquella aparición, contestó, que acababa de llegar de Italia y deseaba obtener algunos informes sobre el extranjero que había desaparecido.

—¡Hola!—gritó la anciana,—¡aquí, Jeremías!

Al punto se presentó un viejecillo en quien el señor Dórrit creyó reconocer al hombre de que Flora le había hablado.

—¡Abre, imbécil!—gritó el viejecillo,—y deja entrar á ese caballero.

El señor Dórrit, después de dirigir á su cochero una mirada como para que estuviese alerta, penetró en el vestíbulo escasamente alumbrado.

—Ahora, caballero—comenzó á decir Jeremías,—puede usted dirigirme tantas preguntas como guste, porque entre nosotros no hay secretos.

Antes de que pudiera obtener contestación, una voz firme y enérgica, aunque de mujer, gritó desde arriba:

—¿Quién está ahí, Jeremías?

—Otra persona que viene á pedir informes—contestó el viejecillo;—un caballero que llega de Italia.

—Dígale usted que suba.

Jeremías murmuró, como si creyese que esto era completamente inútil; pero volviéndose hacia el señor Dórrit, le dijo:

—La señora Clennam es muy testaruda; voy á conducir á usted á su habitación.

Jeremías comenzó á subir por la oscura escalera, seguido del anciano, que al volverse vió tras sí á la mujer de Flintwinch, con la cabeza oculta en su delantal, semejante á un espectro.

La señora Clennam tenía sus libros á su lado en la mesita.

—¡Hola!—exclamó bruscamente, fijando su mirada en el visitante,—¿con que llega usted de Italia, caballero? ¿Qué hay?

Sorprendido el señor Dórrit por semejante interpelación, no se le ocurrió más respuesta que repetir:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está ese hombre que ha desaparecido?—preguntó la viuda.—Supongo que nos trae usted noticias.

—Al contrario, yo... ¡hem!... vengo á pedir informes.

—Desgraciadamente para mí—dijo la señora Clennam,—no le puedo dar ninguno... Jeremías, enseñe usted el anuncio á este caballero; déle algunos para que se los lleve, y alúmbrele para que lea.

Flintwinch obedeció á estas órdenes, y el señor Dórrit aparentó leer el anuncio como si no conociese su contenido, á fin de poder recobrar su sangre fría, pues habíale turbado el aspecto de la casa, y también el de los que la habitaban. Mientras tenía la vista fija en el papel, observó que las miradas de Flintwinch y de la señora Clennam estaban clavadas en él.

—Ahora, caballero—dijo la viuda,—ya sabe usted tanto como nosotros. Con que... ¿el señor Blandois es amigo de usted?

—No... ¡hem!... es un simple conocido.

—¿No le ha encargado á usted ninguna comisión?

—¿A mí?... ¡Ah!... ciertamente que no.

La mirada penetrante de la señora Clennam se fijó en el suelo después de cruzarse con la de Flintwinch; mientras que el señor Dórrit, desconcertado al ver que se invertían los papeles, y que le era preciso responder, siendo así que él había venido á informarse, procuraba poner las cosas en su lugar.

—Yo soy—dijo,—un hombre de mundo, que reside ahora en Italia con su familia... ¡hem!... y su servidumbre. Hallándome por casualidad en Londres para evacuar algunas diligencias... ¡hem!... relativas á mis propiedades, y habiendo llegado á mi conocimiento esa extraña desaparición, he querido tomar informes en la fuente misma, pues en Italia encontré á un caballero, que espero hallar todavía, el señor Enrique Gowan, íntimo amigo del señor Blandois. Supongo que el primero de estos nombres no le será desconocido.

—Es la primera vez que le oigo—repuso la señora Clennam.

Jeremías repitió como un eco las mismas palabras.

—Como deseo dar cuenta exacta de lo sucedido—replicó el señor Dórrit,—quisiera que me permitiese... ¡hem!... hacer dos ó tres preguntas.

—Aunque sean treinta.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted al señor Blandois?

—Menos de un año. El señor Flintwinch aquí presente, podrá decirle, consultando sus libros, cuándo nos fué recomendado por un corresponsal de París; tal vez este dato podrá convenirle, pero á nosotros no nos ha servido de gran cosa.

—¿Ha hecho numerosas visitas á esta casa?

—Sólo ha venido dos veces.

—¿Y podrá preguntar también—continuó el señor Dórrit, que al recobrar su serenidad parecíale que desempeñaba las funciones de inspector de policía,—si ese señor Blandois vino aquí para tratar de negocios en la fecha indicada por el anuncio? Quisiera saber esto para mayor satisfacción del caballero á quien tengo el honor de... ¡hem!... patrocinar ó proteger.

—Vino para lo que él llamaba un negocio.

—Dispense usted, ¿era este negocio de tal naturaleza que se pudiese comunicar?

—No.

Esta lacónica respuesta era claramente una barrera infranqueable.

—Ya nos han dirigido esta pregunta—añadió la señora Clennam,—y siempre hemos contestado lo mismo. No tenemos el menor deseo de dar publicidad á nuestras transacciones por todas partes, aunque sean de poca importancia, y por eso contestamos *no*.

—Yo quisiera saber, por ejemplo, si se ha llevado dinero—dijo el señor Dórrit.

—Ninguno nuestro, por lo menos; aquí no ha recibido nada.

—Yo presumo—añadió el anciano, mirando tan pronto á la señora Clennam como á Flintwinch,—que ustedes no se explican este misterio.

—¿Y por qué presume usted eso?—replicó la señora Clennam.

Desconcertado por esta pregunta, hecha con tono frío y seco, el anciano no pudo explicar la causa de esta suposición.

—Yo me explico muy bien el misterio, señor mío—añadió la viuda,—porque estoy persuadida de que el señor Blandois viaja ó se esconde.

—¿Sabe usted que tenga... ¡hem!... algunas razones para ocultarse?

—No.

Este *no*, tan absoluto como el primero, opuso una nueva barrera.

—Usted me ha preguntado—dijo la señora Clennam,—si me explicaba la desaparición de ese hombre, y no si podía explicársela á usted, caballero. Paréceme que no tengo obligación de contestar á semejante pregunta, ni tampoco usted dèrecho para dirigírmela.

El señor Dórrit se excusó, inclinándose, y cuando se levantaba para retirarse, diciendo que no tenía nada más que preguntar, llamó su atención la mirada sombría que la señora Clennam fijaba en él, y que parecía reproducirse en los ojos del viejecillo.

En el mismo instante, la anciana Affery dejó caer el candelero, gritando:

—¡Allí!... ¡Dios del cielo! ¡Otra vez... escucha, Jeremías!... ¡allí!

El rumor, si realmente se producía, era tan leve, que se necesitaba estar con el oído muy atento, como Affery, para poder fijar la atención en él; pero el señor Dórrit creyó, sin embargo, percibir un sonido semejante al que producen las hojas secas al caer. El terror de la anciana pareció comunicarse durante dos minutos á todos los demás, que escucharon en silencio.

Jeremías fué el primero en romperle.

—Viejecita mía—dijo, avanzando oblicuamente hacia Affery con los puños cerrados, é impaciente al parecer por aplicar un enérgico correctivo á la pobre anciana,—¿volvemos ya, á las antiguas bromas? ¿Piensas hacer de nuevo la sonámbula, paseándote despierta por la casa? Vamos, ya veo que necesitas una medicina, y así, cuando se vaya este caballero te propinaré una buena dosis, viejecita mía... una dosis que te aliviará mucho; ya verás...

Y cogiendo un candelero de la mesa de la señora Clennam, añadió:

—Si usted quiere, caballero, le acompañaré hasta abajo.

El señor Dórrit dió las gracias y bajó, apresurándose Jeremías á correr los cerrojos de la puerta cuando hubo salido. Una vez en la calle, el anciano sufrió un segundo examen de los dos hombres que le habían observado antes, y que pasaron por delante de él, como la primera vez, al dirigirse hacia su cabriolé.

Cuando el vehículo estuvo á cierta distancia, el cochero detuvo su marcha para decir al señor Dórrit que aquellos dos

hombres le habían intimado á dar su nombre y número y las señas de su establecimiento, así como las de la casa donde había recogido al caballero, la hora en que se le envió á buscar y el camino que siguió. Esta noticia no era la más propia para disminuir la febril inquietud que aquella aventura produjo en el ánimo del señor Dórrit. Durante toda la noche pereció estar viendo dos agentes de policía que le esperaban resueltamente; aún resonaba en sus oídos el grito de la mujer que, cubriéndose la cabeza con el delantal, espantábase de un ruido imaginario; y hasta se le figuró que iba á descubrir el cadáver del perdido Blandois en alguna cueva ó detrás de alguna pared de ladrillos.

